
PROLOGO
A L L E C T O R.

Lector mio, seas quien fueres, no te espero muy propicio, porque siendo verisimil que estés preocupado de muchas de las opiniones comunes, que impugno; y no debiendo yo confiar tanto, ni en mi persuasiva, ni en tu docilidad, que pueda prometerme conquistar luego tu asenso, ¿qué sucederá, sino que firme en tus antiguos dictámenes condenes como iniquas mis decisiones? Dixo bien el Padre Malebranche, que aquellos Autores, que escriben para desterrar preocupaciones comunes, no deben poner duda en que recibirá el público con desagrado sus libros. En caso que llegue á triunfar la verdad, camina con tan perezosos pasos la victoria, que el Autor mientras vive solo goza el vano consuelo de que le pondrán la corona de laurel en el túmulo. Buen exemplo es el del famoso Guillelmo Harveo, contra quien por el noble descubrimiento de la circulacion de la sangre declamaron furiosamente los Médicos de su tiempo; y hoy le veneran todos los Profesores de la Medicina como oráculo. Mientras vivió, le llenaron de injurias: ya muerto, no les falta sino colocar su imagen en las aras.

Aquí era la ocasion de disponer tu espíritu á admitir mis máximas, representándote con varios exemplos quán expuestas viven al error las opiniones mas establecidas. Pero porque ese es todo el blanco del primer Discurso de este tomo, que á ese fin, como preliminar necesario, puse al principio, allí puedes leerlo. Si nada

te hiciere fuerza, y te obstinares á ser constante sectario de la voz del Pueblo, sigue norabuena su rumbo. Si eres discreto, no tendré contigo querella alguna, porque serás benigno, y reprobarás el dictamen, sin maltratar al Autor. Pero si fueres necio, no puede faltarte la calidad de inexorable. Bien sé que no hay mas rígido censor de un libro, que aquel que no tiene habilidad para dictar una carta. En este caso dí de mí lo que quisieres. Trata mis opiniones de descaminadas, por peregrinas; y convengámonos los dos en que tú me tengas á mí por extravagante, y yo á tí por rudo.

Debo no obstante satisfacer algunos reparos, que naturalmente harás leyendo este tomo. El primero es, que no van los Discursos distribuidos por determinadas clases, siguiendo la serie de las facultades, ó materias á que pertenecen. A que respondo, que aunque al principio tuve ese intento, luego descubrí imposible la execucion; porque habiéndome propuesto tan vasto campo al Teatro Crítico, ví que muchos de los asuntos, que se han de tocar en él, son incomprendibles debaxo de facultad determinada, ó porque no pertenecen á alguna, ó porque participan igualmente de muchas. Fuera de esto hay muchos, de los quales cada uno trata solitariamente de alguna facultad, sin que otro le haga consorcio en el asunto. Solo en materias fisicas (dentro de cuyo ámbito son infinitos los errores del vulgo) habrá tantos Discursos, que sean capaces de hacer tomo aparte; sin embargo de que estoy mas inclinado á dividirlos en varios tomos, porque con eso tenga cada uno mas apacible variedad.

De suerte, que cada tomo, bien que en el designio de impugnar errores comunes uniforme, en quanto á las materias, parecerá un riguroso miscelaneo. El objeto formal será siempre uno. Los materiales precisamente han de ser muy diversos.

Culparásme acaso, porque doy el nombre de errores
Tom. I. del Teatro. f á

á todas las opiniones que contradigo. Sería justa la queja, si yo no previniese quitar desde ahora á la voz el odio con la explicacion. Digo, pues, que *error*, como aquí le tomo, no significa otra cosa que una opinion, que tengo por falsa, prescindiendo de si la juzgo, ó no probable.

Ni debaxo del nombre de *errores comunes* quiero significar, que los que impugno sean transcendentales á todos los hombres. Bástame para darles ese nombre, que esten admitidos en el comun del Vulgo, ó tengan entre los Literatos mas que ordinario séquito. Esto se debe entender con la reserva de no introducirme jamas á Juez en aquellas quèstiones, que se ventilan entre varias Escuelas, especialmente en materias Teológicas: porque ¿qué puedo yo adelantar en asuntos, que con tanta reflexión meditaron tantos hombres insignes? ¿O quién soy yo para presumir capaces mis fuerzas de dirimir aquellas lides donde batallan tantos gigantes? En las materias de rigurosa Física no debe detenerme este reparo, porque son muy pocas las que se tratan (y esas con poca, ó ninguna reflexión) en nuestras Escuelas.

Harásme tambien cargo, por qué, habiendo de tocar muchas cosas facultativas, escribo en el idioma Castellano. Bastaríame por respuesta el decir, que para escribir en el idioma nativo no se ha menester mas razon, que no tener alguna para hacer lo contrario. No niego que hay verdades, que deben ocultarse al Vulgo, cuya flaqueza mas pelagra tal vez en la noticia que en la ignorancia; pero esas ni en Latin deben salir al público, pues harto Vulgo hay entre los que entienden este idioma, y facilmente pasan de estos á los que no saben mas que el castellano.

Tan lexos voy de comunicar especies perniciosas al público, que mi designio en esta Obra es desengañarle de muchas, que por estar admitidas como verdaderas, le son perjudiciales; y no sería razon, quando puede ser

universal el provecho, que no alcanzase á todos el desengaño. No por eso pienses, que estoy muy asegurado de la utilidad de la Obra. Aunque mi intento solo es proponer la verdad, posible es que en algunos asuntos me falte penetracion para conocerla, y en los mas fuerza para persuadirla. Lo que puedo asegurarte es, que nada escribo, que no sea conforme á lo que siento. Proponer y probar opiniones singulares solo por ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril, y falsedad indigna de todo hombre de bien. En una conversacion se puede tolerar por pasatiempo; en un escrito es engañar al público. La grandeza del discurso está en penetrar, y persuadir las verdades; la habilidad mas baxa del ingenio es enredar á otros con sofisterías. Las arañas, que aun entre los brutos son viles, fabrican telas delicadas, pero sutiles; sutiles y firmes, aun entre los hombres no las hacen sino los Artífices excelentes. En aquellas se figuran los discursos agudos, pero sofisticos; en estas los ingeniosos y sólidos.

No siempre los errores comunes, que impugno, ocupan todo el Discurso donde se tratan. A veces son comprendidos muchos en un mismo Discurso, ó porque pertenecen derechamente á la materia de él, ó porque se hallaron al paso, y como por incidencia siguiendo el asunto principal. Este método me pareció mas oportuno; porque de hacer Discurso aparte para cada opinion, que impugno, habiendo en unas mucho que decir, y en otras poco, resultaría un todo compuesto de partes extremamente desiguales.

Estoy esperando muchas impugnaciones, especialmente sobre dos ó tres Discursos de este libro: y aun algunos me previenen, que cargarán sobre mí injurias y dífeterios. En ese caso me aseguraré mas de la verdad de lo que escribo; pues es cierto, que desconfia de sus fuerzas quien contra mí se aprovecha de armas vedadas.

Si

Si me opusieren razones , responderé á ellas ; si chocar
rerías , y dichterios , desde luego me doy por concluído,
porque en ese género de disputa jamás me he exercita-
do. VALE.

No siempre los errores comunes, que languan, con-
dan todo el Discorso donde se usan. A veces son com-
prensidos muchos en un mismo Discorso, ó porque
pertenece determinadamente á la materia de él, ó porque
se hallan al paso, y como por incidencia siguiendo el
curso principal. Este modo me parece mas oportuno,
porque de hacer Discursos aparte para cada opinion, que
languan, habiendo en una mucha que decir, y en otras
pocas, resulta en todo compuesto de partes extremamen-
te desiguales. *Esperando muchas inspiraciones, especial-
mente sobre dos ó tres Discursos de este libro, y aun
algunos me previenen, que cargan sobre mi infortu-
nidad. En ese caso me asprare mas de la verdad
de lo que escrito, pues es cierto, que desconfío de sus
fuerzas para contra mí se aprovecha de otras verdades.*

VOZ

VOZ
DE EL PUEBLO.

DISCURSO PRIMERO.

Quella mal entendida máxima, de que Dios se ex-
plica en la voz de el pueblo, autorizó la plebe pa-
ra tyranizar el buen juicio, y erigió en ella una Po-
testad Tribunicia, capaz de oprimir la nobleza litera-
ria. Este es un error, de donde nacen infinitos: porque
asentada la conclusion de que la multitud sea regla
de la verdad, todos los desaciertos de el vulgo se ve-
neran como inspiraciones de el Cielo. Esta considera-
cion me mueve á combatir el primero este error, ha-
ciéndome la cuenta de que venzo muchos enemigos en
uno solo, ó á lo menos de que será mas facil expugnar
los demás errores, quitándoles primero el patrocinio,
que les dá la voz comun en la estimacion de los hom-
bres menos cautos.

§. I.

Æ Stimes *judicia, non numeres*, decia Seneca (a).
El valor de las opiniones se ha de computar
por el peso, no por el número de las almas. Los igno-
rantes, por ser muchos, no dexan de ser ignorantes.
¿Qué acierto, pues, se puede esperar de sus resoluciones?
Antes es de creer que la multitud añadirá estorbos á la
verdad, creciendo los sufragios al error. Si fue supers-
ticion extravagante de los Molosos, pueblo antiguo de
Epiro, construir el tronco de una encina por órgano
de Apolo, no lo sería menos conceder esta prerogati-
va

Tom. I. del Teatro. (a) Epist. 39.